**Relatos bajo el aguacero**

**Joxe Belmonte F. de Larrinoa**

**Relatos bajo el aguacero**

**by / por Joxe Belmonte F. de Larrinoa**

**Copyright © 2015 Joxe Belmonte F. de Larrinoa**

**Reservados Todos Los Derechos. Este libro no se puede reproducir, digitalizar o distribuir en cualquier forma impresa o electrónica sin permiso del autor, a excepción de citas breves.**

**EN ESTE LIBRO HAY CONTENIDOS PARA ADULTOS, POR LO QUE SE TRATA DE UNA OBRA DESTINADA EXCLUSIVAMENTE A ADULTOS.**

**Este libro es una obra de ficción y cualquier parecido con personas o acontecimientos reales es mera coincidencia. Los personajes son fruto de la imaginación del autor.**

A mi padre, siempre en el recuerdo. Eskerrik asko, aita.

**Payhip no tiene por el momento la función de pre-order (están trabajando en ello), por lo que me han dado esta alternativa.**

**El ebook se ofrece ahora en pre-order, y se envía el 16 de junio de 2015, día del lanzamiento.**

**Hay tres obras mías en venta en Payhip: “Al cabo de diez años”, “El efecto multiplicador de las cerezas”, ambas novelas de suspense, y “Relatos bajo el aguacero”. Si compra dos de ellas antes del 16 de junio de 2015 le enviaré gratuitamente la tercera en el tipo de archivo que desee.**

# # #

Estos son los relatos que encontrarás en “Relatos bajo el aguacero”. En este anticipo tienes el primero completo.

El Órgano

El regalo de cumpleaños

No es corriente que un marido maldiga de su mujer muerta

Buenos aires, malos aires

La historia apócrifa de la beata Lucía del Romero

Un encuentro casual

La casa de Tito Robles

El acuario

La casa de entonces

Herida de guerra

La sonrisa perdida de Esther Vivanco

El escondite

Obituario de don Mariano Alonso Cortés

La chamicera de tu corazón

**El órgano**

Don Mariano Cortés estaba henchido como las figuras de Juan de Anchieta que componían el retablo renacentista de la Capilla de don Dalmaso Carrión y doña Blanca Ortiz de Zarate, amante ésta de aquél, a pesar de lo cual había pasado a ocupar un lugar de privilegio dentro de la iglesia de este pueblo de Navarra, de nombre euskaldún, aunque hoy no se encuentre en el área vascófona, y que silenciamos para no caer en indiscreciones que alguien podría achacarnos.

Orgulloso hasta el pecado estaba don Mariano, cura párroco del susodicho pueblo, mientras escuchaba en su iglesia porque aquella iglesia era suya en mayor medida de lo que cualquier otra pudiera pertenecer a su cura párroco las notas de la Toccata & Fuga en D menor de Juan Sebastián Bach. Aquella era la manifestación de su último logro, la restauración del órgano barroco del templo, un Arp Schnitger de comienzos del siglo XVIII, que había dejado de utilizarse hacía más de un siglo. Él era el último que había impedido que aquella joya barroca fuera desmantelada, pero su labor protectora del arte no quedó ahí, porque después de aquello comenzó –hace ahora cinco años una infatigable lucha epistolar y, en no pocas ocasiones, cuerpo a cuerpo con las autoridades locales, forales, del gobierno autónomo, del Ministerio de Cultura del Gobierno español e incluso con las eclesiásticas, que incluían a Obispado y Arzobispado. No había respetado ni el escalafón civil, ni el eclesiástico, ni tampoco las competencias políticas que entonces empezaban a establecerse; había pedido fondos sin descanso, aquí y allí, como los curas de antes, sin reparos.

Las notas musicales crecían al chocar con la inmensidad y la honorabilidad ancestral de aquellos muros góticos con vidrieras también recuperadas por don Mariano. El tañido se volvía glorioso en las alturas. Estaba solo en la iglesia, con la única presencia de Rosa Giner, la extraordinaria organista –ahora se daba cuenta de ello que había arribado al pueblo navarro llamada por la recuperación del histórico órgano. Hasta aquel instante don Mariano no había reparado en ella, jovencita demasiado tímida, apocada y poco graciosa de andares como para que llamara la atención de ningún hombre; aún menos de un servidor de Dios que sólo tenía ojos y oídos para la deseada restauración.

Arcos apuntados, galería, triforio, bóvedas estrelladas. Una gran iglesia, sí señor. Por un momento dejó de contemplar los muros del templo, cuyo sillar había sido limpiado bajo su curato, para acercarse a Rosa Giner y observar el movimiento de sus dedos sobre las teclas; gráciles, pero firmes al tiempo, se detenían lo suficiente en cada una para sacarle al instrumento la vibración exacta, el tono adecuado, o buscaba el salto de una a otra para que la cadencia penetrara hasta el interior del alma.

Era una bendición verla, como lo era escuchar su música, casi celestial, allí en la casa de Dios, con las vidrieras dejando pasar la luz justa para crear un misterio de colores que alcanzaba cotas muy cercanas a la sobrenaturalidad. Dios estaba allí sin lugar a dudas. Don Mariano volvió los ojos a la contemplación de su obra.

Las vidrieras que reproducían escenas de la vida de la Virgen, desde la Anunciación hasta la dolorosa postración a los pies de la Santa Cruz, fueron su tercer caballo de batalla. Lo planificó todo con sumo cuidado. Primeramente fue la reparación tectónica del edificio, luego la comentada limpieza del sillar del interior. Más tarde vino lo de las vidrieras. Aquella excelsa muestra de gótico tardío presentaba en sus vanos, impropiamente, unos adustos cristales translúcidos. Aprovechando uno de los viajes a Pamplona consultó don Mariano el archivo diocesano, y supo que originariamente aquellos vanos estuvieron cubiertos por unas vidrieras encargadas al taller toledano del maestro vidriero Pedro Valdés en el año 1522 que reproducían escenas de la vida de la Madre de Nuestro Señor. A partir de entonces su empeño fue uno: cubrir los vanos con vidrieras que reprodujeran el mismo tema, aunque éstas no tuvieran, naturalmente, el peso artístico de las originales. Ahí empezó la tercera lucha epistolar, y cuerpo a cuerpo. Don Mariano estaba empezando a acostumbrarse a la refriega. Fue la más dura hasta entonces, si bien no sería nada al lado de la que ocasionarían los fondos necesarios para la restauración del órgano que ahora tocaba Rosa Giner tan virtuosamente.

Había quien no creía en la autenticidad del Arp Schnitger, e incluso daba características comunes de esos órganos alemanes de finales del siglo XVII y comienzos del XVIII que no poseía el órgano barroco que se pretendía restaurar. Don Mariano no se alteraba, no le interesaba si era cierta o no la historia de que era obra de un maestro organero de Pamplona, a la que se le añadió con posterioridad el rótulo ennoblecedor. Lo que interesa, decía el cura párroco, es que es un órgano antiguo de gran valor y vistosidad.

La iglesia era, ciertamente, enorme, un gótico de bóvedas estrelladas, con capillas añadidas a las naves laterales y ábside. Casi una catedral. Hoy día resultaba ridículo aquel pueblo minúsculo –apenas llegaría a dos mil habitantes rodeando a una iglesia de aquellas dimensiones y lujo interior. Son las bromas crueles de la Historia, que hace grande a los pueblos para luego traerles la decadencia, cuando no una despiadada desaparición.

Nadie esperaba que aquel domingo de celebración extraordinaria para el municipio navarro fuera a acabar en lo que acabó, la desgracia de la muerte del Señor Obispo de Pamplona durante la celebración del acto eucarístico. Él había sido el gran baluarte de don Mariano en el asunto de la recuperación del órgano barroco de la iglesia. Recién llegado a la diócesis, no se había sentido aún acosado por la perseverancia, e incluso irreverencia, de don Mariano. Además, contaba con dos amores, que sin duda habían empujado en la misma dirección, su amor por la música él mismo gustaba de interpretar cosillas al órgano, lo hacía de oído, como quitándole importancia , y su amor por el arte, por la arquitectura en especial.

El día había nacido diáfano, con un azul intenso en el cielo, y algunas nubes algodonosas que suavizaban la acción desmandada del sol. Las autoridades civiles y eclesiásticas –los militares hacía tiempo que habían dejado de participar en la vida pública se vestían de gala y se recibían unas a otras, las civiles a las eclesiásticas al llegar éstas al pueblo, las eclesiásticas a las civiles al entrar éstas en el templo. Aquella mañana se acercaron a la iglesia muchas personas que no acostumbraban a hacerlo. Todo hacía presagiar un día inolvidable para los anales de aquel pueblo olvidado por la Historia de Europa hacía casi dos siglos. Y lo sería, pero no en el sentido que esperaban todos, no en el sentido que esperaba don Mariano Cortés.

El cura párroco también se vistió aquella mañana con los ropajes más lujosos que conservaba la sacristía: sobre la seda marfil de su sayal lucía una casulla verde ornamentada con brocado de hilo de oro. La responsabilidad del día no le permitía gestos de orgullo, aunque bien hubiera podido realizarlos, no era para menos, incluso siendo un humilde servidor de Dios. Había hecho lo necesario para que se embelleciera dignamente una de las casas más nobles que Dios tenía en tierra navarra. La fiesta del día de hoy celebrando las diversas restauraciones era hasta cierto punto un reconocimiento público a la labor de don Mariano, y una loa a su persona. Sin embargo, reía como un pánfilo, no por la candidez de la humildad, sino por el tremendo peso del acontecimiento.

Finalmente salió de la sacristía hacia el altar, detrás del obispo, que sería el oficiante, acompañando al obispo auxiliar, que no simpatizaba mucho con él desde los tiempos de las vidrieras –lo de las vidrieras, había dicho, responde más al capricho de ese hombre que a la dignidad de Dios que dice perseguir ; en lo del órgano decidió callar, no se sabe si por un acto de disciplina lógica, ya que el obispo titular apoyaba la idea con tanto entusiasmo, o porque juzgó, finalmente, inútil la oposición a aquel obstinado párroco.

El fasto había comenzado. Las notas salidas de la sonería del órgano bañaban el templo, e impresionaban a la gente hasta el estremecimiento, incluso al Presidente de la Comunidad y a la propia Ministra de Cultura, que había acudido a última hora, un poco llamada por la Música, otro poco por las inminentes elecciones en la Comunidad de Navarra.

Primeramente se oficiaría la misa, acompañada por la música de órgano y voces corales contratadas para el evento. Luego la organista interpretaría la citada tocata y fuga de J. S. Bach. Pero ni siquiera la misa se llegó a celebrar. Cuando el señor obispo se colocó en el altar, mirando a los fieles, y estaba esperando a que Rosa Giner terminara de interpretar la pequeña pieza de recibimiento, cayó al suelo fulminado. Los que le vieron de frente dijeron que cerró los ojos, que se balanceó un poco, que puso gesto de sufrimiento y que cayó.

Al día siguiente se pudo leer en los periódicos que el Señor Obispo de Pamplona había sufrido un infarto mientras oficiaba misa, lo que no era del todo verdad, pues no había empezado a hacerlo.

La impresión fue tremenda para todos, pero especialmente afectado se vio don Mariano Cortés, quien, además de presenciar de cerca la muerte de su superior jerárquico y amigo, había sentido la decepción por el aplazamiento sine die de algo que llevaba esperando largo tiempo. Pero no estaba solo: otra persona se encontraba tremendamente contrariada por la suspensión de la misa y del pequeño concierto posterior, cuyos ensayos le habían ocupado los últimos tres meses. Habría sido su debut en público desde que salió del Conservatorio Municipal de Bilbao. Quince años estudiando eran demasiados como para no desear aquello hasta el anhelo.

Rosa Giner demostró, sin embargo, ser una persona sensible y piadosa cuando se acercó al confesionario del padre Mariano una semana después de la desgracia allí acontecida. Le llevó hasta él la inquietud por lo que sentía, al parecer, no muy de acuerdo con su conciencia. Le confesó al sorprendido Padre Mariano su hiriente remordimiento por haber estado más triste y afligida por la suspensión de sus interpretaciones que por la muerte del señor obispo, incluso habiendo sido en aquellas circunstancias, en aquella iglesia, mientras ella tocaba el órgano, a punto de comenzar él a oficiar, ¡a unos metros de donde ella se hallaba! Le parecía una muestra de ambición y de impiedad que debía ser confesada. Fue la primera vez que lo hizo desde su llegada unos meses atrás.

-A veces el Diablo nos manda pensamientos que dañan nuestra alma cristiana –le dijo don Mariano, su cura confesor . Es la eterna lucha entre el cuerpo y el alma, entre la maldad y la bondad, pero esa lucha no es pecado, hija mía. Pecado es cuando vence la maldad, lo que no se ha producido en tu caso, porque estás aquí. La situación de lucha es natural en los hijos de Dios sobre la Tierra.

Mientras hablaba la observó. Su pelo rubio recogido en una coleta dejaba su cara desnuda a la vista del cura confesor. Era un rostro limpio, con la depilación de las cejas como único detalle de coquetería femenina. Observándola de cerca no resultaba un rostro tan anodino. Era regordete, a pesar de su cuerpo esbelto, con algunas pecas. Los labios, carnosos y sonrosados, se desprendían dificultosamente uno de otro, lo que, unido a su gesto contrito, impidió que don Mariano llegara siquiera a ver el blanco de sus dientes. Cuando le dijo, vete en paz, hija mía, y ella se levantó, le llegó el olor de un cuerpo fresco recién duchado. Los veinticinco años de Rosa Giner la hacían, naturalmente, una mujer joven al lado de sus cuarenta. La vio alejarse a través de la celosía del confesionario.

Don Mariano Cortés quedó algo inquieto después de aquella confesión. Se quedó largo tiempo en el confesionario pensando en la razón de su inquietud. Aquel apetito racional le llevó a una respuesta clara e incontestable: él había sentido lo mismo que Rosa, la organista, una mayor decepción por la suspensión de los actos que consternación por la pérdida de un hombre. En su caso, además, concurrían dos circunstancias agravantes: el fallecido era su amigo y él, sacerdote, por lo que se le exigía y se exigía un mayor despego de lo terrenal. La última conclusión quemaba: el Demonio había mordido su alma.

Aquella introspección no le impidió que siguiera gestionando las fechas para la inauguración en suspenso de las distintas restauraciones acometidas en la iglesia, y cuyo colofón había sido la recuperación del hermoso órgano barroco. Lo hizo más comedidamente, sin el enérgico impulso de otras veces, sin que pareciera que en ello le iba la vida. Pero sin cejar por ello en su empeño.

Así, la inauguración quedó apalabrada con el obispo auxiliar, en funciones de titular, para el día 25 de octubre. El ramillete de autoridades ya no sería el mismo. Las elecciones navarras habían tenido lugar, y, consecuencia de ellas, el Presidente de la Comunidad era otro; éste andaba buscando el sitio, por lo que había prometido mandar un delegado, alguien de relevancia, había dicho. La Ministra de Cultura tampoco asistiría, porque ya no había ministra sino ministro. La bella mujer morena que tan bien pisaba en el mundo de la cultura, a pesar de su belleza, había sido cesada, aparentemente sin causa justificada. El pazguato que la sustituyó demostraría con el tiempo la insensatez de quienes le nombraron, pero eso no es asunto nuestro. No parecieron importarle demasiado a don Mariano aquellas calabazas de los políticos principales, por cuya asistencia unos meses antes había incluso rezado.

Por lo demás, la celebración sería como la que quedó suspendida: una misa oficiada por el obispo con apoyo musical a cargo de la Coral de Tudela y de la organista del templo, el mini concierto que ésta ensayaba tan diligentemente desde hacía ya meses y unas palabras del alcalde para cerrar el acto. Rosa Giner tenía sin duda un gran protagonismo en todo aquello. No lo había pensado don Mariano hasta entonces. Algo estaba cambiando en él en aquellos días, en su carácter, en su forma de actuar y pensar. No era el mismo. Quizá fuera el cansancio.

Llegó finalmente el esperado día. Las cosas aparentemente eran como en la otra ocasión, con la excepción de que las grandes personalidades estaban representadas; sin embargo, había algo extraño en el ambiente, como una neblina de inquietud. Al principio don Mariano pensó que era cosa suya, que había perdido el interés por todo aquello, o que quizá tuviera ganas de que acabara todo de una vez. Pero al salir de la sacristía notó en el obispo auxiliar, que sería el oficiante, una inquietud impropia, como si él también sintiera alguna anormalidad. Estuvo toda la misa nervioso, equivocándose en las lecturas, temblándole la mano, como temeroso, especialmente cuando sonaba el órgano, como si la inactividad de audiente acentuara su ataxia. Únicamente se le vio algo más relajado cuando el alcalde tomó la palabra al final del acto.

La noche de aquel día, que debió ser la del descanso para don Mariano, la de la liberación por fin después de tanta agitación, fue todo lo contrario, una noche de duermevela sin causa, al menos, sin causa conocida; dos vasos de vino en la comida y una copa en la sobremesa no podían provocar aquella inquietud nocturna. Se levantó temprano para ir a la iglesia. Volvió a sentir el deseo de admirarla. Al llegar a la puerta oyó las notas del órgano, que ahora reproducían una pieza que no reconoció. Le extrañó, por la temprana hora. Entró y llegó hasta la organista sin que ésta le oyera. La contempló desde su espalda. Estaba más hermosa con esa sencilla blusa blanca que con el emperifollado vestido de la víspera. Observó sus dedos bailar sobre las teclas como lo había hecho en otras ocasiones, y le pareció que en vez de ser éstos los que creaban las notas eran las notas reverberantes en aquellas piedras nobles las que llegaban hasta los dedos, y los movían. Así le debió pasar también a él cuando sus dedos se pusieron sobre el hombro de ella, osadía que quedó perfectamente reflejada en la, por un momento, defectuosa interpretación de la pieza. Rosa Giner siguió tañendo deleitosamente a pesar de la mano invasora, y don Mariano siguió la incursión hasta los pechos vírgenes de la organista. Sólo dejó de tocar el órgano cuando los dedos del párroco excitaron sus pezones rosados y los labios grises de él buscaron los sonrosados de ella.

Fue solamente unas horas después de aquel acto pecador, hacia el mediodía del día posterior al fasto, cuando llegó la terrible noticia: el obispo auxiliar de Pamplona, actualmente en funciones de titular, había fallecido en accidente de tráfico aquella misma noche cuando regresaba a la sede episcopal desde el pueblo navarro del que hablamos. Fue en los alrededores de la capital, en una salida de la calzada inexplicable.

Pasaron unos tres meses antes de que don Mariano Cortés activara los mecanismos cerebrales pertinentes para que la culpabilidad del órgano en toda aquella serie de desgracias se le asomara con descaro a la conciencia. Por su condición de hombre religioso no se podía permitir ser supersticioso, ni creyente de fenómenos paranormales, con la única excepción de los milagros, pero los milagros eran cosa de Dios, y todo aquello sin duda no lo era.

Sin embargo, la observación de los acontecimientos le llevaba irremediablemente a pensar que aquel instrumento musical construido en tierras protestantes hacía casi trescientos años tenía una especie de maldición, o quizá, en cierto modo, vida propia. Comenzó entonces una costosa y ardua investigación, cuyas conclusiones le llevaron a probar la premisa inicial: el órgano estaba maldito y había ejercido su perniciosa influencia sobre aquellos que de una forma u otra habían tomado parte en su resurrección después de cien años inerte.

A las muertes sucedidas había que añadir la del hijo del alcalde, aplastado por el tractor de los padres de su mejor amigo, al que ayudaba en labores del campo. El señor alcalde había aprobado en su momento una partida municipal destinada a la restauración del Schnitger (si es que lo era).

Ésas eran las muertes. Los otros intervinientes también habían caído en desgracia. Así, la ex ministra iba a ser juzgada por utilizar fondos públicos para hacer frente a sus gastos privados. Dicho así parecía ser una acusación grave; sin embargo, su defensa convertía en estúpida la acusación, e incluso la mera sospecha: su cargo le requería ir vestida a determinados actos como normalmente no lo hacía en su vida privada. Se trataba, por tanto, de gastos de representación del cargo. De cualquier forma estaba siendo juzgada y la prensa interesada hablaba de una posible condena de cárcel para la ex ministra.

Luego estaba lo del también ex presidente de la Comunidad, del que hablaba el Diario de Navarra en un especial del pasado fin de semana. Al poco de perder el cargo había sido discretamente apartado de su Partido por pregonar un acercamiento, poco conveniente ahora, a la vecina comunidad vasca. Al poco su mujer lo abandonaba y le separaba de sus hijos, algo que, según sus propias declaraciones, era lo que más le dolía. Estaba, además, teniendo grandes dificultades para ejercer como abogado.

Así don Mariano, mediante una auténtica labor detectivesca, fue compilando datos sobre las distintas personalidades que habían tenido, de uno u otro modo, relación con la restauración del órgano: muertes, las comentadas; amenazas de ETA, alguna; divorcios, varios; pérdidas de patrimonio… A lo que había que unir otras innumerables pequeñas desgracias o contrariedades sucedidas a las gentes sencillas del pueblo que estuvieron aquel día en la iglesia.

Hasta hacía tres días don Mariano tenía un dato empírico discordante: su propia indemnidad. La tercera proposición categórica del silogismo de la maldición no se cumplía: si la afectación de ésta llegaba a todos los intervinientes, y él era, evidentemente, el más implicado, ¿por qué no había caído ya sobre él? Sin embargo, tres días antes de tomar la decisión de la destrucción del órgano, sucedió. Esa mañana Rosa Giner acudió llorando a la iglesia: estaba embarazada. Era su desgracia, la tercera proposición del silogismo.

Por eso ahora, confirmado que el órgano es un instrumento del Diablo, coge un hacha de la casa parroquial y llega hasta la iglesia sin mirar a nadie, sin ver nada. Cuando rebasa el umbral, suenan las notas de la Toccata & Fuga en D menor de J. S. Bach; sin embargo, Rosa Giner no está. Se estremece, pero no se sorprende. La música ya no es celestial, más bien parece que viene del mismísimo Infierno. Cuando se sitúa delante de la sonería del órgano, los gigantescos tubos dorados brillan por efecto de la luz matizada que entra a través de las vidrieras. Es como si le hablaran, como si se rieran de él. Don Mariano no lo duda, cada destello es una risa. Pero no será el órgano el último que ría, bien lo sabe Dios. No consentirá él que un instrumento del Demonio ría en la casa de Dios. Tras el primer golpe, más templado, don Mariano Cortés arremete contra la tubería y el entramado escultórico arquitectónico con la extraordinaria fuerza y desenfrenada violencia de un poseído. Ahora son los gemidos de los tubos, heridos, los que reverberan en las piedras góticas del templo. Sin embargo, las notas del compositor alemán, especialmente dotado para las obras religiosas protestantes, no han dejado de sonar. Se entrelazan la música y el llanto, como en las grandes tragedias. En la mente de don Mariano se reproduce el sacrilegio con Rosa Giner sobre las mismas teclas del instrumento musical recuperado. Ve las nalgas de Rosa Giner tocando las teclas con mucho menor virtuosismo que un minuto antes lo hacían sus dedos. Es él, con sus rancios pantalones grises a la altura de los tobillos, el que la empuja rítmicamente contra el teclado. Golpea y golpea, sin mirar, recibiendo incluso algún golpe en la cabeza en el movimiento de retroceso del hacha, también ciego. Quiere la casualidad, o la maldición (no juzguemos en el último instante cuando no lo hemos hecho hasta ahora), que, en el mismo momento en que don Mariano, extenuado, detiene su hacha, se venza toda la arquitectura del órgano. Tiene el tiempo justo para mirar hacia arriba y verlo caer sobre él.

# # #